

De la vida rosarista

A. Delgado Plaza

De rodillas el espíritu, e hinchado el corazón de fecundas emociones, penetra el rosarista a la Capilla de su Colegio. Cantan allí la grandeza, la devoción y el afecto, y allí se anida el amor patrio, palpita el alma nacional y es el recinto de una tibieza familiar que hechiza, conforta y aprisiona.

Bajo su nave, amplia, acogedora y armoniosa, han pasado ilustres varones que a Dios sirvieron, a Colombia honraron y pueblan nuestra historia con hechos suyos de imborrable prestigio.

Lámpara de amables resplandores —que no otra cosa es la Patrona— alumbrando de continuo los confines sagrados de ese templo. Procede ella de la propia España; regalo fue de manos reales y sus luces han marcado, desde siglos, los pasos firmes de generaciones próceres.

Año tras año, se congrega el claustro en piadosa cofradía para rendir a la Virgen Bordadita los honores de regla. Dijérase que nadie quiere faltar a la cita: retornan los rosaristas ausentes, anúdase otra vez ese lazo apretado de los afectos, reviven las viejas plegarias de estudiante, desanda la vida hacia frescos de infancia largos caminos de doloroso tránsito y la casa de fray Cristóbal, de par en par sus puertas, acoge, regocijada, a sus fieles hijos.

¿Qué, si no ese entusiasmo, celebrábamos este año, el once de octubre, cuando a tambor batiente, vibrantes las cornetas del ejército, a vuelo la campana del Mayor que llamaba a la misa solemne, colmado el espacio de marcialidad, precedido de Colegiales rosaristas, hombres de pro miembros hoy del gabinete eje-





cutivo, y ceñido el pecho, por coincidencia felicísima, con la banda de los mandatarios de la república, Carlos Lozano y Lozano renovaba esa carrera por él tan recorrida hasta los pies de la Bordadita y, de hinojos ante su imagen, en el día de su advocación depositaba, en gesto de honrosa gratitud, blanco presente de flores a la que amparó su adolescencia e inundó los albores de su vida de poderosos consuelos?...

Muy bien sonaron luego a nuestros oídos rosaristas los briosos periodos en que el Ilmo. Sr. Rector, dentro del marco de su admirable Panegírico, apuntó y exaltó como grande y sin olvidos la fecha que tanta significación y gozos tantos repetía en los anales del Colegio. Que esos sentimientos den remate afortunado a esta nota.

Eramos quince en el curso y por cinco años corrió nuestra vida sobre planos de franca amistad. Fue nuestro grupo de un cromo inconfundible donde cada quien supo poner matices de inolvidable hidalguía. Las aulas se hicieron para nosotros pista suave donde la camaradería, el afecto y la comprensión emparejaron en sostenido paso. Allí se habló a toda hora en tono de alegría; abundaba en nuestro estilo la gracia, siempre supimos atender al buen gusto y nunca lo vulgar halló nuestra acogida. Era marcado el perfil de uno por uno: Alejandro Angel edificónos por su madurez y su tesón; Eduardo Buenaventura ganó trofeos por el compañerismo; jamás deslustró su gentilicio Alfonso Caballero; con la estimación de todos se escapó Ricardo Castro; en efusión y entusiasmo no tuvo par Jaime Cortés; amigo completo se llamó doquiera a Jorge Gómez; por circunspecto e inteligente fue respetado Andrés Holguín; Mario Latorre ¡qué altivo y qué señor!, Guillermo Restrepo ejerció mando con su pesado criterio; grande en el juicio aparecía. Eduardo Robayo; la simpatía de Rocha Kopp no admitía discusiones; y claro fue el talento y amplia la generosidad de Saúl Saavedra Lozano, como pesado de noblezas el nombre de Eduardo Soto y ponderada por lo recia la persona de Antonio Villegas. Este que escribe, el décimo quinto del curso, dócil supo ser a tanto estímulo. Sin petulancias afirmo, que hemos dejado en el claustro vacío y silencio.

Cinco de los nuestros se adelantaron ya con su diploma por los caminos de la vida. Sus empresas serán luz para quienes tras ellos sigamos y su honorabilidad, sello indeleble del apelativo rosarista. Mario Latorre emigró el primero y allá en San Gil, su patria chica, ampara con pesada justeza los intereses sociales desde una fiscalía; Jaime Cortés, anclado en tesis que contra Culpa y Dolo le atrajeron amplios elogios, llena con jurídico tinte sus deberes de abogado; Alfonso Caballero dejó por breve instante los brillos de su futuro bufete y, con espíritu de realidad, miró a la tierra y, sobre la propiedad y la ley 200 de 1936, alcanzó en lujosa lid su grado de doctor. Y en tarde como pocas, llena de elocuencia, enriquecida de saber, cargada de aplausos, pesada de solemnidad, entre la satisfacción de todos sus amigos, Eduardo Buenaventura Lalinde y Saúl Saavedra Lozano, compañeros inseparables por paisanaje y por esfuerzos, Colegiales ambos del Rosario e hijos fieles del claustro, remataron con merecido brillo el aprendizaje de juristas. Un trabajo concienzudo y vasto sobre Derecho Romano fue su tesis, aureolada con encomios de valía.

Lejos ya de aquella aula reducida y amable, pero aferrados por siempre a la casa que nos dio saber y vuelo, nunca habremos de fallar en gratitud, devoción y recuerdo por nuestros superiores y catedráticos. A ellos seremos leales.

En mosaico, ufano de heráldica y sabor rosaristas, los alumnos que en este año 42 terminan leyes en el Mayor, han enfilado sus estampas, complacidas y jóvenes, todas iluminadas de convicción y tocadas de inteligencia. Los presiden el señor Patrono del Colegio y Jefe de la República y el propio Rector del claustro quien, en mirada de lejanía, parece despedir a sus alumnos con la paternidad de su misión y la justa alegría del maestro correspondido. Grave coro de profesores participan en el cuadro y a una se complacen en los triunfos del grupo. En desfile ordenado y con voz muy llena, responden a lista los futuros togados: Carlos Arcila, Jorge Cárdenas Navas, William Elías, Jaime Goenaga, Hernando Gómez Mejía, Luis Eduardo Gómez, Manuel Laserna, Marino Materón, Campo Elías Navarro, Enrique Santos Castilla, Alcides Zuluaga. Para ellos nuestras felicitaciones.

Qué bien cuadra en el Rosario con la severidad de su espíritu, la austera figura de Antonio Rocha y cómo reza con la respetable sencillez de la casa la fiera simpatía de José Antonio Montalvo. Señores son ellos que recorren el claustro con una seguridad de posesión indiscutible. A él pertenecieron y suyos seguirán siendo; a él le sirvieron con generosidad de corazón. Carrasquilla los quiso y los armó rosaristas; de su pecho cuelga la enseña de Colegiales y estuvo en sus manos la secretaría del Rosario y el doctorado de su facultad prestigia sus nombres. Con don Tomás Rueda Vargas, el virtuoso varón que arrastra voluntades, Montalvo y Rocha forman, desde hace un trimestre, la Consiliatura del Mayor. Los llevó allá el querer del Instituto y allí, con su señorío, sabrán responder fielmente de los intereses del Colegio. Por años, los antecedieron en la dignidad Antonio Gómez Restrepo y Esteban Jaramillo. Porque el Rosario para elegir su Consejo siempre se inspira en varones de prestancia.

Gómez Restrepo ocupa las avanzadas entre los servidores del Mayor. Desde 1910 es su Colegial honorario; regente fue de su Facultad de Letras, y Consiliario de once años acá. El Rosario le quiere, le venera y aclama. Con Esteban Jaramillo, sombra fiel de sus aulas hasta 1937, Antonio Gómez Restrepo hizo labor incalculable en favor del Colegio. Y, cuando ya agobiados por la gratitud del claustro, púsoles éste, con elocuente acierto, seguidores a sus desvelos, abrió para ellos campo altísimo donde permanecieran como sus consultores de honor.

Vedlos allá en carrera fervorosa: son los bachilleres del Rosario que, tras de recia lucha, marchan a la Universidad a montar, orgullosos, en las torres su nombre de rosaristas. Son treinta y dos bravos y en todos palpita igual calor de ideal; para todos sonríe la vida con idéntica complacencia y todos tienen derecho a gozar de su valor.

Alberto Castañeda, Marco Fidel Castro, Luis Carlos Daza, Julio González, José Joaquín Gutiérrez, Carlos Huertas, Jaime Lequerica, Luis Francisco López, Sixto Márquez, Simón Martínez, Ruperto Obregón, Reinaldo Orjuela, Ramón Pérez, Jaime Pombo, Fernando Posada, Jaime Recamán, Luis Felipe Rey, Hernan-

do Rivas, Alvaro Rodríguez, Hernando Rojas, Hernando Rueda, José Vicente Ruiz, Pedro Arturo Sanabria, Alvaro Sánchez, José Antonio Serrano, Alvaro Tamayo, César Toro, Mario Valderrama, Miguel Vilaro, Daniel Villegas, Jorge Zárate, Victorino Zuccardi, se llaman ellos que de todos los rincones de la patria proceden y a todas las esperanzas de los suyos y del Colegio sabrán responder. El Rosario, al despedirles, les envía su felicitación y les augura éxitos ciertos.

En el Aula Máxima del Colegio, ante notable jurado y con la tesis "Sobre Derecho Colectivo del Trabajo", recibió el Mayor el jueves último, entre el número de sus doctores, a Hernán Quiñones Olarte, distinguida unidad de la juventud boyacense y rosarista de títulos dentro del claustro. Al felicitarlo por el brillo de su grado, esta Revista, con sentida sinceridad, hace votos para que la carrera del nuevo abogado sea opima y de glorias para la patria.

